



Última Década

ISSN: 0717-4691

cidpa@cidpa.cl

Centro de Estudios Sociales

Chile

Dávila León, Oscar; Honores, Carmen Gloria
Capital social juvenil y evaluación programática hacia jóvenes
Última Década, núm. 18, abril, 2003
Centro de Estudios Sociales
Valparaíso, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19501808>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

CAPITAL SOCIAL JUVENIL Y EVALUACION PROGRAMATICA HACIA JOVENES*

OSCAR DÁVILA LEÓN**
CARMEN GLORIA HONORES***

1. PRESENTACIÓN

EL PRESENTE TEXTO RECOGE de manera sintética los elementos principales del estudio sobre evaluación de las intervenciones programáticas dirigidas a jóvenes y su vinculación con la noción de capital social y la capacidad emprendedora juvenil. Estudio de carácter evaluativo cuyo propósito central fue el dar cuenta, a partir de la percepción de los beneficiarios, del impacto subjetivo de la participación en programas sociales orientados al emprendimiento y adquisición de capital social dirigidos a jóvenes, en el período 2000-2002. A nivel de los sujetos contemplados en el estudio, éstos correspondieron a los diseñadores de los programas juveniles en evaluación, los ejecutores de los proyectos y los jóvenes entre 15 y 29 años participantes de los proyectos seleccionados. Desde el punto de vista de los objetivos y propósitos que orientaron el estudio evaluativo, los podemos agrupar de acuerdo a su naturaleza y dimensión: i) *conceptual*: expresado en el construir un marco teórico que analice el emprendimiento juvenil y el capital social, a partir de la triada: economía, política social y sujetos juveniles; ii) *metodológico*: en el recoger y sistematizar las metodologías de trabajo empleadas en programas orientados al desarrollo de capacidades emprendedoras y adquisición de capital social dirigidos a jóvenes emprendedores; iii) *evaluativo propiamente tal*: en el dar cuenta, a partir de la percepción de los beneficiarios, del impacto subjetivo de la participación en programas sociales orientados al emprendimiento y adquisición de capital social dirigidos a jóvenes; iv) *programático*: en el producir información sistematizada y actualizada que abarque proyectos y programas dirigidos a jóvenes emprendedores, en el ámbito privado y público del país.

Las variables y dimensiones empleadas para el abordamiento de dichos objetivos y propósitos, estuvieron representadas por: i) Percepción y evaluación de la pertinencia de los programas sociales dirigidos a jóvenes emprendedores. ii) Percepción y evaluación sobre la pertinencia de las metodologías empleadas en programas sociales dirigidos a jóvenes emprendedores. iii) Percepción sobre la adquisición de nuevos conocimientos. iv) Capital social percibido: percepción y evaluación del fortalecimiento de las capacidades individuales e interpersonales vinculadas al fomento y movilidad del capital social personal, especialmente aquellas que sirven de base para el desarrollo de la capacidad emprendedora juvenil, expresadas en las dimensiones de manejo del riesgo, percepción de autoeficacia, conducta prosocial, empoderamiento, percepción de vínculos y apoyo social, y creatividad. v) Percepción y evaluación de los beneficios obtenidos en función de la participación en programas sociales dirigidos a jóvenes emprendedores. vi) Percepción y evaluación de la utilidad obtenida en función de la participación en programas sociales dirigidos a jóvenes emprendedores. vii) Percepción de capital social colectivo: percepción y evaluación de los soportes sociales con los que cuenta el individuo para concretar su proyecto de vida. En específico se trata de la percepción y evaluación que los jóvenes realizan sobre la institucionalidad pública, el vínculo social comunitario y la familia.

En cuanto a las técnicas de investigación e instrumentos de recolección de datos

* Artículo preparado como avance de investigación, a partir del estudio «Evaluación de las intervenciones programáticas hacia los jóvenes», realizado por encargo del Instituto Nacional de la Juventud (INJUV); en el cual también participaron en calidad de investigadores Juan Sandoval e Igor Goicovic.

** Asistente Social, CIDPA Viña del Mar. E-Mail: oscar@cidpa.cl.

*** Psicóloga, CIDPA Viña del Mar. E-Mail: carmengloria@cidpa.cl.

aplicados, se optó por un enfoque combinado, considerando técnicas de tipo cualitativas y cuantitativas. De allí que se realizaron entrevistas semiestructuradas a los diseñadores de los programas sociales (13), a los encargados de la ejecución de los proyectos (30), y entrevistas grupales (15) a jóvenes participantes de proyectos juveniles. La dimensión cuantitativa correspondió al diseño y aplicación de 234 cuestionarios estandarizados en 25 proyectos a jóvenes participantes de las experiencias.

Las características de la selección de los proyectos juveniles, fue dada de acuerdo al oferente de éstos, siendo entre programas públicos (10) y programas privados (5). Según su localización geográfica de los proyectos, fueron consideradas la Región de Tarapacá (3 proyectos), Región de Atacama (3), Región Metropolitana (10), Región de Valparaíso (7), Región del Bío Bío (7) y Región de la Araucanía (3); dando un total de 32 proyectos seleccionados. También se utilizaron ciertos ejes temáticos en los cuales se insertaban los proyectos: género, etnia, cultura, productivos y microempresa, desarrollo social y comunitario, ciudadanía, cultura juvenil secundaria y proyectos en ruralidad. Finalmente, los programas sociales dirigidos a jóvenes que formaron parte de la evaluación y sus diseñadores fueron: Programa de desarrollo social (FOSIS), Programa mujer y territorio (PRODEMU), ACLES (MINEDUC), Programa liceos abierto a la comunidad (MINEDUC), Capacitación para el trabajo independiente (SENCE), Programa de reinserción laboral (Gendarmería), Programa escuelas comunales de rock (DOS), Programa FONDART (División de Cultura MINEDUC), Programa capacitación para el emprendimiento laboral juvenil (INJUV), Programa servicio rural joven (INDAP), Programa ciudadanía y gestión local (FNSP), Programa oficinas municipales de juventud (Municipios), Programa cultura juvenil en los liceos (Interjoven), Programa emprendimiento juvenil comunitario (SERPAJ) y Programa de microemprendimientos juveniles (Vicaría de Pastoral Social).

El desarrollo del texto transita por tres dimensiones, iniciándose con algunos elementos teórico-conceptuales en torno a la noción de capital social y capacidad emprendedora juvenil. Luego se hace una breve referencia a las orientaciones de política en materias de juventud; para concluir con la presentación de algunas constataciones y principales hallazgos, expuestos de acuerdo a las percepciones y evaluaciones realizadas por los sujetos que conformaron el estudio: diseñadores, ejecutores y jóvenes participantes de los proyectos sociales.

2. CAPITAL SOCIAL Y EMPRENDIMIENTO JUVENIL

a) La noción de capital social: perspectivas teórico-conceptuales

Durante la última década la noción de capital social ha cobrado gran fuerza y aceptación entre estudiosos, investigadores y académicos de diversas disciplinas, especialmente aquellas ligadas al debate sobre desarrollo económico y social. La idea fuerza con que el concepto se ha instalado en estos escenarios —pese a su insuficiente precisión teórica— ha sido la sociabilidad y sus consecuencias, especialmente aquellas positivas para el desarrollo de individuos, comunidades y naciones completas.

En este contexto y siguiendo a Portes (1999), las perspectivas sociológicas contemporáneas constituyen el marco más próximo y acotado desde donde es posible situar y caracterizar la construcción teórica de la noción de capital social, específicamente el debate en torno al modelo de desarrollo imperante. En líneas generales se pueden distinguir dos. La primera se refiere a la discusión sobre la insuficiencia del modelo de desarrollo, respecto de las dimensiones que considera al momento de explicar el mismo. En este sentido, releva la inquietud por ampliar la visión, intentando establecer la influencia que ejercerían otros factores como lo político, social, cultural y ambiental. A partir de esto, el objetivo es incluir dichos factores en un marco comprensivo que permita integrar, a la perspectiva macro del desarrollo, una mirada más contextualizada o micro, permitiendo con ello determinar indicadores pertinentes al mismo objetivo. La segunda perspectiva, plantea un cuestionamiento más profundo, definiendo que lo que se encuentra en crisis es la propia naturaleza y, por tanto el/los paradigma(s) subyacente(s) al

concepto de desarrollo y la lógica de mercado estrechamente asociada a él. Desde este punto de vista, la tesis es que ningún nuevo concepto o enfoque que tienda a introducirse como otra dimensión del desarrollo, sin un análisis crítico al modelo de desarrollo vigente, puede colaborar efectivamente al logro de mayor equidad económica y social, transformándose sólo en una quimera más de la modernidad.

En este escenario y en el continuo que puede establecerse entre posturas y definiciones más cercanas a uno u otro enfoque —pese a que es importante precisar que el andamiaje teórico ha sido construido preferentemente en la línea del primero— se sitúan algunas de las visiones más recurrentes en la literatura sobre el tema.

A fines de la década de los 70 y durante los ochenta, las principales teorizaciones sobre la noción de capital social corresponden a Bourdieu (1980) y Loury (1977, 1981). Desde la sociología de la cultura, el primero sistematiza el concepto desde un abordaje fundamentalmente instrumental, centrándose en los beneficios que reciben los individuos, en función de su participación en grupos y en la construcción deliberada de la sociabilidad con el objetivo de crear ese recurso. A grandes rasgos, enfatiza el carácter fungible de las diferentes formas de capital, por lo que la posesión de todo capital, incluyendo el capital social, siempre sería reductible a la generación de capital económico, aunque los procesos que dan origen a éste —capital social— no lo sean. Por otra parte, el economista Loury si bien no produjo una conceptualización sistemática de la noción, se aproximó a partir de sus planteamientos críticos sobre las teorías económicas tradicionales, las que consideraba demasiado individualistas por su énfasis casi exclusivo en el capital humano individual.

Las postrimerías de los años ochenta y comienzos de los noventa, constituyen el período en que la construcción teórica del concepto adquiere real visibilidad en el debate sobre el desarrollo. Es así, que reconociendo el trabajo desarrollado por Loury, Coleman es el primero en profundizar el análisis sobre el rol del capital social en la generación de capital humano. Lo define por su función como «diversidad de entidades con dos elementos en común: todas consisten en algún aspecto de estructuras sociales y facilitan cierta acción de los actores —ya se trate de personas o actores corporativos— dentro de la estructura» (citado en Portes, 1999:246). Es decir, adhiere a un enfoque del capital social que releva el rol del asociacionismo tanto en su vertiente horizontal o de las relaciones interpersonales como aquella vertical, jerárquica o estructural. No emite juicios de valor al respecto, pero sí indica que su complementariedad facilita o entorpece diversas acciones a los actores.

En la década de los noventa Putnam (1993, 1996, 2002), uno de los autores que alcanza más notoriedad en este campo de estudio, desarrolla el concepto de capital social, entendiendo que éste se halla compuesto fundamentalmente por: «el grado de confianza existente entre los actores sociales de una sociedad, las normas de comportamiento cívico practicadas y el nivel de asociatividad que caracteriza a esa sociedad. Estos elementos evidencian la riqueza y la fortaleza del tejido social interno de una sociedad» (Putnam, 1993).

Por su parte, Fukuyama (citado en Zumbado, 1998), exponente del asociacionismo horizontal y vertical, integra varias teorías en sus planteamientos sobre el capital social. Su enfoque destaca lo que él denomina las *virtudes sociales* de una sociedad o grupo. Su propósito es explicar cómo a partir de ellas se crea prosperidad económica, pues considera que la vida económica de una nación, simultáneamente refleja y modela el entorno. Indica que las instituciones políticas y económicas dependen de una sociedad civil dinámica y activa. A la vez señala que esta sociedad civil depende de los hábitos, valores y costumbres arraigados por sus características culturales, enfatizando que la confianza es el atributo cultural más importante.

Finalmente, dentro de los enfoques que consideran perfectible el modelo de desarrollo vigente a partir de la incorporación de nuevas dimensiones, entre ellas la social, se encuentra la mirada neo-institucional de North y Olson (citados en Zumbado, 1998). Estos autores amplían los aportes de los demás teóricos del capital social, incluyendo a la definición y análisis de éste, las relaciones formales e institucionalizadas y, las estructuras como el gobierno, el régimen político, el Estado de derecho, el sistema judicial y las libertades civiles y políticas.

En otra línea de análisis, pero en el mismo contexto de los enfoques que adhieren al

modelo de desarrollo, es posible distinguir dos perspectivas no excluyentes, pero sí diferentes en cuanto a sus énfasis y que dan origen a desarrollos teóricos también específicos. Éstas corresponden a los niveles macro y micro del capital social. De esta forma el concepto ha circulado desde una noción que lo vincula con la posesión de recursos individuales, por supuesto en un contexto de redes sociales y los beneficios que ello reporta a la persona y colectivos más próximos, y su extensión a colectivos de mayor complejidad, incluyendo el capital social que se genera en una sociedad o nación completa y las ventajas que a partir de ello se producen para quienes participan de la misma.

Del lado de la aproximación explicativa que cuestiona la propia naturaleza del modelo de desarrollo imperante, Rist (2000) se presenta como uno de sus principales exponentes. Para dicho autor, el concepto de capital social, así como también la noción de cultura, se han concebido como apéndices del desarrollo o variables a incluir en forma agregativa. A partir de sus planteamientos lo cuestionable no son ambos conceptos como dimensiones del desarrollo de la sociedad, sino que el modelo de desarrollo actual donde se pretenden instalar. En este caso, tal modelo se orienta precisamente en sentido contrario a los conceptos de cultura y capital social, en tanto fortalece las diferencias sociales al enfatizar la competitividad, el mercantilismo y el individualismo. Este enfoque, según Rist, a la larga destruye identidades culturales y también capital social.

Por otra parte, en este escenario de aparente radicalidad de posturas sobre el desarrollo, contexto donde se instala la construcción teórica del capital social, surgen visiones más amplias como la que plantea Lechner (2002), quien analiza los procesos de subjetivización o individualización como referente principal para comprender la noción de capital social, en virtud del parámetro que otorga la modernidad, pero en una perspectiva de complementariedad. Señala «tanto aquellos que apuestan decididamente por la modernización, asumiendo el malestar como un costo inevitable, como quienes hacen hincapié en las identidades atropelladas, sin considerar las oportunidades que brinda el proceso, tienen una visión unilateral y, por ende, ciega a las implicancias» (Lechner, 2002:3). Para él, la noción de capital social remite a las relaciones sociales, por ello su vinculación con los procesos de subjetivización. En este sentido, la transformación del capital social debe ser analizada desde dos puntos de vista: en relación a los cambios de la identidad individual y a la transformación de la sociedad. De esta manera, el capital social en el marco actual, es reflejo de las modificaciones que han sufrido las relaciones sociales. En el ámbito de vinculación de los sujetos y los sistemas funcionales se asocia con la noción de red y su rol como fuerza productiva. Es un activo de individuos y colectivos que permiten el desarrollo económico. También puede tener un carácter meramente expresivo y gratuito, es decir, ser un fin en sí mismo, se trata de las relaciones interpersonales *sin fines de lucro* (Lechner, 2002).

Al finalizar este sucinto recorrido, es importante señalar dos elementos para la reflexión. Uno tiene que ver con que resulta restrictivo explicar el capital social por sus consecuencias o formas de expresión y no profundizan sobre sus fuentes. Si bien en el campo de su aplicación práctica puede ser más útil, es necesario reparar en que este enfoque sin ampliación —tal como gran parte de los mismos teóricos sobre el tema lo plantean— se vuelve tautológico: se trata de una lógica circular en tanto concibe el capital social como causa y efecto simultáneamente, oscureciendo las posibilidades ciertas de hacer uso de la noción en todo su potencial.

Por otro lado, pero estrechamente vinculado a lo anterior, se encuentra la discusión sobre la perspectiva histórica del capital social, versus la que plantea su construcción emergente. A grandes rasgos, la primera supone un cierto determinismo respecto de la presencia o no de dicho capital en una sociedad o comunidad, en tanto la otra considera que en condiciones favorables, que por lo demás pueden potenciarse interna y/o externamente, éste puede construirse en cualquier momento. Partir de este supuesto, al menos adherir a la idea que existirían dos formas no excluyentes de construir capital social en sus distintos niveles, sugiere un marco más amplio para su abordaje en el terreno de la intervención que busca relevarlo.

del emprendimiento juvenil

El objetivo de este apartado fue, a partir de la revisión bibliográfica realizada, establecer la eventual vinculación entre las nociones de capital social y capacidad emprendedora juvenil. Esto, desde el contexto en que se desarrolló la investigación evaluativa, es decir, la oferta programática pública y privada dirigida a generar y/o potenciar el capital social y capacidad de emprendimiento de los jóvenes. A partir de aquello se estableció como hipótesis que el capital social en tanto recurso disponible —individual y/o colectivamente— podría operar como contexto o sustrato para el desarrollo de la capacidad emprendedora juvenil.

En función de estos referentes, una primera constatación es que el concepto de emprendimiento juvenil es una categoría, podríamos decir, inexistente en la investigación teórica y empírica, al menos nacional. De hecho, la caracterización que se hace de los emprendimientos juveniles corresponde básicamente a una aproximación descriptiva de cómo se comportan las iniciativas productivas en el segmento jóvenes, incluyendo escasamente variables diferenciadoras como la edad, el sexo y la localización territorial (urbano/rural). El desarrollo más profuso corresponde únicamente al de emprendimiento —mirada comprensiva que ha sido construida principalmente al interior de la teoría económica— y que en general se asocia a un conjunto de actitudes y conductas que darían lugar, a un perfil personal, ligado a aspectos nucleares como el manejo del riesgo, la creatividad, la capacidad de innovación, la autoconfianza y a un determinado tipo de acción, denominada «acción emprendedora». Esta última, de acuerdo a un estudio sobre emprendimiento juvenil, se concibe como «toda *acción innovadora* que, a través de un sistema organizado de relaciones interpersonales y la combinación de recursos, se orienta al logro de un determinado fin» (Selamé et al., 1999:179), dando cuenta que se asocia con la creación de algo nuevo y de un nuevo valor: producto, bien o servicio que anterior a ella no existía o que es capaz de aportar algo nuevo.

De esta manera, el enfoque del emprendimiento y del «sujeto emprendedor» se ha instalado en el ámbito productivo, énfasis que obedece a la génesis del concepto y que lo liga al mundo de los negocios, aunque se ha intentado extrapolar a otras esferas como la social, cultural, ambiental, etc. Sin embargo, en estos casos la comprensión es más laxa, pues se tiende a homologar a capacidad de iniciativa.

En este escenario se ha situado como un horizonte posible y deseable, lo que llevado al terreno de las políticas y programas de empleabilidad ha cristalizado en apuestas concretas que le atribuyen el estatus de mecanismo de inserción laboral absolutamente viable para usuarios, que en su mayoría corresponden a la población más precarizada del país, así como también respecto de recursos asignados, que en muchos casos no logran darle sustentabilidad a estas iniciativas.

Por otra parte, y en la perspectiva tal de la posible relación entre capital social y desarrollo de la capacidad emprendedora juvenil, tenemos que el debate sobre el desarrollo ha precisado que respecto de los intercambios económicos a todo nivel, incluyendo la distribución igualitaria de ellos, se requiere incorporar nuevas dimensiones, como la social. Es aquí donde algunos autores e instituciones como la CEPAL (2001), plantean la posible conexión entre las nociones de capital social y capacidad emprendedora, la primera entendida como un recurso que actuaría de contexto propicio para el desarrollo de la capacidad emprendedora asociativa, en tanto un cierto tipo: cantidad y calidad de las relaciones sociales que poseería un sujeto o colectivo, harían más viable la concreción de objetivos productivos individuales y grupales. Esto, puesto que idealmente la concurrencia de capital social individual-colectivo y la de capital social vertical o el que otorga la estructura social, podrían efectivamente constituir un escenario privilegiado para el desarrollo de emprendimientos productivos y asociativos exitosos. La tesis central de esta propuesta es que la perspectiva del capital social como base del emprendimiento, permitiría redefinir y/o ampliar la visión sobre éste último —desde un énfasis individualista a otro más colectivo— al reconocer y valorar la importancia de las acciones colectivas y solidarias en pro del objetivo de mejorar las condiciones de vida también colectivas, especialmente de aquellos grupos más carenciados. Es así, que establece dos utilidades principales del capital social: i) facilitar la constitución de organizaciones productivas y de gestión de bases efectivas: empresas asociativas de diversa índole; ii) generar un entorno social

propicio —las condiciones estructurales necesarias— para desarrollar acciones innovadoras: apoyo financiero de las instituciones públicas y privadas, acceso a capacitación de calidad, facilidad para acceder a nuevas tecnologías, entre otras.

3. LAS ORIENTACIONES DE POLÍTICA EN JUVENTUD

Evaluar las intervenciones programáticas dirigidas al mundo juvenil, sean originadas desde el ámbito público o privado, y guiadas por la lógica del capital social y capacidad de emprendimiento de los mismos jóvenes, parece ser una preocupación reciente y no suficientemente explicitada en cuanto a los orígenes y fundamentos que pudiesen llevar a adoptar aquella perspectiva. De allí que en un primer momento parece relevante interrogarse por esa suerte de cambio en la orientación desde la cual se pretende evaluar y analizar la oferta programática dirigida a los jóvenes chilenos, en particular a los jóvenes que presentan menores ventajas integrativas en el sistema social o que presentan debilidades en sus vínculos sociales con determinados agentes sociales.

Dos aspectos merecen ser relevados en esta discusión: i) si efectivamente se está operando con una visión diagnóstica de los jóvenes diferente a la que se poseía respecto a jóvenes de la década anterior; ii) y la visión que desde la política pública se tiene sobre las intervenciones programáticas dirigidas al mundo juvenil, en un plano evaluativo y como síntesis o balance del cómo ha operado esa política.

Una primera constatación en cuanto a poder visualizar a este sujeto joven, es que sin duda estamos en presencia de un cambio, que podemos catalogar de valórico, a saber de la visión que poseen estos jóvenes sobre sus posibilidades y expectativas de ascenso social. Ello estaría trocándose desde una perspectiva más de tipo colectiva a otra de naturaleza más individual y de acuerdo a los méritos y desempeños logrados en sus proyectos de vida. Esta suerte de modificación a nivel valórico en el mundo juvenil estaría dando mejor cuenta del contexto estructural en el cual se inserta esta generación joven, lo que traería aparejado determinadas percepciones, expectativas y estrategias de construcción de proyectos de vida exitosos, o por lo menos, imaginarse trayectorias de vida con un énfasis en el logro personal por sobre estrategias y acciones de tipo colectivas y/o sociales.

En este mismo contexto, es interesante constatar que parte importante del diseño de política pública de juventud de finales de los noventa se ha caracterizado por un énfasis en lo que podría denominarse «integración de tipo cultural», que tendría una mayor cercanía con la noción de ampliación de la ciudadanía juvenil. Dicho acento se fundaría a la vez, en una revisión del diagnóstico y visión de juventud sobre la cual se estaba construyendo la correspondiente intervención programática. A partir de este período ya la oferta programática, junto con mantener los mecanismos y programas tendientes a incrementar aquella integración estructural, principalmente por el lado de las políticas sectoriales, intenta avanzar por enfoques de ciudadanía, emprendimiento, capital social, participación juvenil comunitaria, vínculos sociales, redes sociales. En este caso se asume que el foco de la política pública de juventud se construye en torno a una imagen de «joven emprendedor» y bajo una lógica de acción mediatizada por determinados programas y proyectos (FOSIS, 2002). Con ello, también nos hallamos ante la presencia de un tipo de juventud y jóvenes que no son concebidos como sus pares de la década pasada, sino que con un tipo de joven que cree y ha introyectado la dimensión individual del éxito y valora los canales clásicos de integración funcional, preferentemente el sistema educativo, como credenciales válidas de cumplimiento de aspiraciones en la vida adulta.

En este mismo escenario, y específicamente en el marco del debate sobre las perspectivas integracionales de la juventud chilena, es preciso considerar los soportes institucionales que pueden favorecer dichos itinerarios juveniles, donde se conjugan dimensiones de orden individual o personal (y sus entornos cercanos) y estructurales o sistémicos (y sus entornos relacionales); los que van configurando diferentes tipos posibles de trayectorias y con grados diversos de riesgos en el tránsito por esos itinerarios (Bois-Reymond et al., 2002).

Por lo tanto, cada vez cobran mayor relevancia dos ejes principales y complementarios

que debieran contribuir en este proceso: las construcciones biográficas de los propios jóvenes, con un fuerte apoyo y énfasis en la esfera familiar; y un conjunto de políticas desde la institucionalidad que sean concebidas como garantes y protectoras de estos trayectos juveniles.

Por otra parte, desde el punto de vista de la política pública de juventud —pese que en el caso chileno sólo podemos hablar de políticas sociales genéricas y específicas que van orientadas al sector juvenil— interesa también instalar y precisar el campo de análisis y la ubicación desde donde se mira el tema de las políticas de juventud, pues las premisas, objetivos, propósitos y desempeños de ellas varían, según se trate del tipo de organismo y su visión de este mundo juvenil. En estas coordenadas también es necesario la definición desde dónde se ubican los actores involucrados en el diseño y definición de las políticas de juventud, entendiendo que en este proceso concurren o debieran concurrir diferentes actores: agentes institucionales públicos de los diversos niveles de la administración estatal, centralizados y descentralizados; sectores juveniles articulados en expresiones múltiples, sectores de la sociedad civil y política, entre otros.

Por ello, uno de los puntos de conflicto al momento de establecer los diagnósticos —a partir de ciertos tipos de sujetos jóvenes y sus realidades— y diseño de políticas de juventud, es que han sido realizados desde las esferas gubernamentales y sus instituciones designadas para ello, por lo que más que políticas públicas o sociales de juventud, han sido concebidas como políticas gubernamentales dirigidas al sector de jóvenes. Es decir, se ha hecho un uso restrictivo de la noción de políticas públicas de juventud, homologando éstas a las políticas gubernamentales, y no utilizando en un sentido amplio el concepto de «lo público», entendido como el espacio donde convergen el Estado, la sociedad civil y los sectores sociales con responsabilidad pública.

Sin duda que en este aspecto, suele constatar la ausencia de los jóvenes y sus expresiones colectivas en el proceso o ciclo de vida de las políticas de juventud. Lo gubernamental ha inundado, copado y hegemonizado lo público, lo que ha llevado a que pareciera que en el actual estado de cosas, no habría otra forma de entender lo público (Dávila, 2002b).

Situándose en el plano de las perspectivas y desafíos por donde puedan transitar las políticas de juventud, interesa plantear algunos elementos que vayan en esa dirección. Si convenimos que parte importante de lo que concebimos como políticas de juventud durante la década de los noventa, más bien correspondió a lo que podemos englobar como políticas de adolescencia y/o minoridad, no lográndose perfilar como un campo específico y potente el de juventud, podemos considerar esta dimensión como un tema pendiente en orden a una precisión y desarrollo del campo de políticas de juventud. Se precisa adentrarse en la discusión sobre los propósitos que han de tener las políticas de juventud, donde a partir de una determinada noción de juventud, éstas puedan efectivamente constituirse como políticas de afirmación del sujeto joven, en sus dimensiones individuales y colectivas, y en la perspectiva de sujeto con capacidad de actoría social y política en un contexto de ciudadanía extendida o ampliada.

Finalmente y a modo de enunciación de interrogantes y problematizaciones, cabe plantearse sobre los impactos y visualizaciones con carácter evaluativo que poseen los jóvenes beneficiarios sobre las intervenciones programáticas en las cuales han participado, y si logran percibir y dimensionar estas lógicas, enfoques y metodologías que han inspirado el diseño de políticas públicas dirigidas a la juventud; como a su vez, el estado de avance que pudiesen experimentar las alternativas programáticas desarrolladas, particularmente en lo concerniente a dimensiones individuales y colectivas de nuevas nociones en juego por la política social, que permitan propender a impactar positiva y constructivamente en el diseño de políticas de juventud y sus expresiones programáticas dirigidas a los jóvenes.

4. CONSTATAIONES Y HALLAZGOS

- a) *La noción de capital social desde los diseñadores de programas*

Los programas estudiados en la dimensión del fortalecimiento de los activos sociales, atraviesa por senderos absolutamente disímiles. Así, aparece asociado a capital social, desde la construcción de una cultura para la paz, en el marco de un esfuerzo por humanizar las relaciones sociales, hasta los programas institucionales de ayuda crediticia, dirigidos al fortalecimiento de iniciativas microempresariales. Desde esta perspectiva la noción de capital social se convierte en una dimensión poco precisa a la hora de los diseños de intervención social. Las evaluaciones, en consecuencia tienden a relevar exclusivamente aquellas situaciones específicas, especialmente de índole individual, que surgen de la aplicación de programas que tienden fuertemente a la focalización. Aspectos que remiten principalmente a condiciones de carácter subjetivo, como el fortalecimiento del autoestima de los jóvenes participantes, lo que a su vez refiere a dos situaciones: por una parte, a los diferentes niveles de legitimidad que adquieren las experiencias que desarrollan en el seno de sus comunidades de origen y, por la otra, a la autovaloración positiva que realizan de sí mismos.

La dignificación del joven ante sí y ante la comunidad, en consecuencia, como el valor de cambio fundamental del proceso de capitalización. Por otra parte, a la calidad de las interlocuciones alcanzadas, fenómeno que pondría de manifiesto las destrezas adquiridas por los jóvenes en el plano de la relación con otros y, en particular, con las dinámicas de sociabilización. De esta manera, las temáticas atingentes a integración social, construidas sobre la base del fortalecimiento de las capacidades individuales y colectivas de los jóvenes quedan expuestas a la libre interpretación de los ejecutores, los cuales —en cuanto tributarios de los diseños generales—, despliegan iniciativas minimalistas («Paradigma Bonsai»), de escasa repercusión en las comunidades locales.

Destacar que en la mayoría de los casos estudiados los programas y proyectos que se orientan de manera sistemática al desarrollo de iniciativas económicas que fortalecen exclusivamente el emprendimiento individual, en detrimento de las lógicas de construcción asociativa y capitalización colectiva. Ello, sin tomar en consideración que el espacio local aparece como una potencia susceptible de ser encuadrado como el ámbito idóneo para tensar los esfuerzos que permitan efectivamente llevar a cabo programas de fortalecimiento del capital social, tanto en el plano de lo sociocultural, como en iniciativas de carácter microeconómico. Es a través del reconocimiento de la comunidad como espacio activo en la cual se fortalece la identidad y se definen estrategias de crecimiento colectivo, que se puede, efectivamente, recrear diseños programáticos que impacten en la capitalización de sujetos y grupos sociales.

b) Sobre proyectos y emprendimiento juvenil, desde los ejecutores

Podemos establecer algunos alcances generales sobre las visiones que elaboran los ejecutores de proyectos juveniles en torno a la relación que tendrían estos proyectos y el desarrollo de las habilidades emprendedoras en los jóvenes. Al respecto, nos parece relevantes enunciar algunos aspectos principales.

Para los ejecutores existirían distintas formas de entender el emprendimiento. Para los ejecutores de los proyectos productivos habrían dos visiones principales, una visión del emprendimiento como territorio, es decir, como una temática o un módulo específico de conocimientos disponible para los planes de capacitación, y otra, del emprendimiento como enfoque o forma de mirar el trabajo innovador y flexible. Por su parte, para los ejecutores de los proyectos culturales/comunitarios existirían otras dos visiones sobre el emprendimiento, una que lo vincula con el desarrollo de iniciativas culturales novedosas, y otra que vincula el emprendimiento con la participación social.

De igual modo, existirían dos visiones generales sobre los proyectos juveniles. La primera estaría centrada en la imagen de la integración/exclusión, a partir de esta visión los proyectos son percibidos como estrategias compensatorias para reducir un déficit educacional, laboral y/o familiar, vinculando su proyección de logro a la mejora directa de la calidad de vida material de los jóvenes a partir de un aumento en sus posibilidades de reinserción laboral. La segunda estaría vinculada a la imagen de la participación, desde esta visión los proyectos son percibidos como iniciativas concretas de asociación, pertenencia y expresión juvenil, vinculando

su proyección de logro al fortalecimiento del protagonismo social de los jóvenes a partir de una experiencia concreta de construcción de ciudadanía. Si bien la primera visión está asociada con más fuerza a las opiniones de los ejecutores de los proyectos productivos, y la segunda a los ejecutores de los proyectos culturales/comunitarios, ambas visiones están presentes en los relatos de los ejecutores considerados en este estudio.

Los diferentes proyectos podrían ser agrupados en una doble tipología, se distinguen los proyectos productivos y los proyectos culturales/comunitarios. Al interior de los proyectos productivos podemos distinguir un grupo de proyectos que están destinados a la capacitación en habilidades, conocimientos o destrezas para el desempeño laboral (SENCE, Gendarmería), y otro grupo de proyectos que están más bien centrados en la asesoría y crédito a iniciativas laborales juveniles (INJUV, INDAP). A su vez, al interior de los proyectos culturales/comunitarios podemos distinguir proyectos destinados a la promoción de la solidaridad (Amauta), otros centrados en el fomento del asociacionismo juvenil (Karro Juvenil, Red Juvenil), y finalmente un grupo de proyectos que se proponen el fomento de la expresión artístico-cultural de los jóvenes (Escuelas de Rock).

Los proyectos juveniles aparecen como iniciativas con un impacto parcial e insuficiente en las habilidades emprendedoras de los jóvenes. Las explicaciones que elaboran para esta situación son diversas y no siempre coherentes entre sí, destacando básicamente dos, una que refiere a las dificultades materiales que tendrían este tipo de proyectos para afectar las condiciones de vida de los jóvenes más pobres, y otra que se refiere a las debilidades metodológicas del diseño de los proyectos para efectivamente afectar la realidad cultural de los jóvenes más excluidos.

El factor clave que explica la difícil relación que existe entre emprendimiento y proyectos juveniles, es el proceso de precarización de los jóvenes que participan en estas iniciativas. Las condiciones de inestabilidad vital que tienen los jóvenes, hacen insuficientes los recursos y el apoyo técnico que les proveen, quedando muchas veces capturados en un circuito de exclusión a pesar de participar con éxito en este tipo de experiencias.

Los proyectos juveniles aparecen mayoritariamente vinculados a experiencias de fortalecimiento del emprendimiento individual, más que del emprendimiento colectivo. Esta situación se explicaría sobre la base de las dificultades que involucra la implementación de un trabajo grupal con jóvenes que no cuentan con una experiencia organizativa relevante, pero también por los mejores resultados que han generado las iniciativas emprendedoras en solitario. Este aspecto representa un verdadero conflicto en varias experiencias, especialmente culturales/comunitarias, que al estar centradas en la promoción de objetivos asociativos, se ven en la necesidad de satisfacer demandas de convivencia e integración interpersonal entre los participantes de los grupos juveniles.

En los proyectos productivos aparece una tensión importante entre necesidad y capacidad de los jóvenes considerados como beneficiarios, quedando esta tensión expresada de manera explícita en los sistemas de selección que establecen algunos proyectos juveniles para elegir a los beneficiarios de sus cursos de capacitación. El tema de la selección de los participantes representa un problema complejo para este tipo de proyectos, ya que en la medida que sus sistemas de selección elijan sujetos más competentes, éstos se alejarán cada vez más del perfil de los jóvenes pobres priorizados por las líneas programáticas en las cuales se insertan los mismos proyectos, cayendo el proceso de capacitación en general, en la paradoja de *habilitar a los que están más habilitados*.

En síntesis, la relación que se establece entre los proyectos juveniles y el emprendimiento es poco sistemática y parcial, no existiendo indicios que efectivamente las líneas programáticas analizadas en este estudio logren afectar positivamente las capacidades emprendedoras de los jóvenes beneficiarios. Para los ejecutores, las habilidades de emprender estarían asociadas a las trayectorias vitales de los jóvenes, y por lo tanto, éstas no serían transferibles a través de experiencias puntuales de capacitación o trabajo grupal, más bien el desarrollo de estas habilidades demandaría el integrar a los jóvenes en procesos de mejora sistémica de su calidad de vida en el tiempo.

Con la indagación sobre ciertas dimensiones referidas a la percepción y valoración que presentan los jóvenes consultados sobre su participación en los programas juveniles considerados, como en ámbitos relativos a las nociones de capital social individual y colectivo, podemos señalar algunos aspectos que aparecen como más relevantes de acuerdo a los principales resultados del cuestionario aplicado a los jóvenes participantes de los proyectos.

Desde el punto de vista de la evaluación y valoraciones que realizan sobre su experiencia de participación en el proyecto juvenil en particular, *se aprecia un positivo impacto subjetivo de los jóvenes en su participación en este tipo de programas juveniles*. Así como en el plano de las expectativas que poseían de su participación en el proyecto, éstas aparecen como altamente cumplidas en la mayoría de los casos. De igual modo, las evaluaciones sobre diferentes aspectos involucrados en el desarrollo de los proyectos, en todos se evalúan con valoraciones positivas, sea en las actividades de éstos, la convivencia entre los participantes y encargados, sus propias participaciones. Sólo baja esta valoración altamente positiva a una menor en los aspectos de disponibilidad de infraestructura y recursos para el desarrollo de las actividades contempladas en los proyectos. En buena medida esta percepción se relaciona con la efectiva disponibilidad bastante restrictiva de recursos comprometidos en los proyectos en general, y en algunos casos, de precarias instalaciones donde se llevaron a cabo estas experiencias.

Conjuntamente con lo anterior, similar valoración y evaluación positiva hacen los jóvenes en cuanto al potenciamiento de la adquisición de nuevos conocimientos, destrezas personales y habilidades sociales obtenidas en su participación. Es decir, se verifica por parte de los jóvenes la adquisición de beneficios y de utilidades de distinta índole, personales y sociales, por el hecho de haber participado de las experiencias de proyectos juveniles. Por tanto, debemos rescatar la alta valoración y evaluación positiva que realizan los jóvenes sobre el hecho de participar en estos proyectos.

En el abordamiento del capital social percibido, individual y colectivo, en primer lugar, es posible establecer una relación directa entre el nivel de capital social percibido y las dimensiones contempladas en éste, como fueron manejo del riesgo, percepción de autoeficacia, conducta prosocial, empoderamiento, percepción de vínculos y creatividad, lo que nos exhibe una consistencia interna dentro de la categoría formulada. A partir de ello, las dimensiones que estarían potenciándose en mayor medida corresponden a la de conducta prosocial y percepción de vínculos y apoyo social; y las menores serían manejo del riesgo y percepción de autoeficacia. Es decir, y en base a esas dimensiones, los ámbitos relacionados con conductas orientadas al ayudar a los demás, la solidaridad, la preocupación por los demás, el vínculo comunitario, son los ámbitos que exhiben mayores niveles de valoraciones positivas y de logro a nivel del impacto señalado por los jóvenes, pudiendo ubicarse en el espacio de la sociabilidad y de las diferentes formas de relacionamiento social, tanto con los grupos de pares como en el espacio comunitario.

Por otra parte, no se logra establecer una relación directa y recíproca entre la evaluación positiva realizada sobre los programas juveniles en que participaron los jóvenes y la dimensión de capital social percibido y la percepción de capital social colectivo. Es decir, no necesariamente quienes evalúan más positivamente la experiencia de participación en el proyecto, son quienes presentan un mayor nivel de capital social percibido, en el plano individual y colectivo. Lo que sí logra verificarse es una correspondencia entre el capital social percibido como dimensión individual, con la percepción del capital social colectivo, en específico, con las dimensiones referidas a evaluación de la institucionalidad local y/o comunitaria, y la evaluación del vínculo social comunitario.

De allí que la evaluación e impacto subjetivo del hecho de participar en programas sociales juveniles, no conlleva una percepción y evaluación del fortalecimiento de las capacidades individuales e interpersonales vinculadas al fomento y movilidad del capital social personal; pudiendo plantearse a nivel hipotético que la capacidad emprendedora y la adquisición de capital social individual y colectivo, corresponden a líneas de base, es decir, de un conjunto que capacidades que el joven trae consigo al momento de participar en algún programa juvenil, produciéndose algunas variaciones de acuerdo al tipo de proyecto, sobre todo en los cuales

operan ciertos filtros de entrada o selectividad entre sus potenciales participantes, donde una de las variables que insiden en ello es la escolaridad alcanzada, como también en el caso de la actividad social de los jóvenes, las que podemos ubicar en el contexto de las trayectorias e itinerarios del ciclo vital de los jóvenes.

d) *Evaluación de los jóvenes de la oferta programática, desde la noción de capital social*

A partir del análisis y evaluación de la información obtenida en función de la aplicación de entrevistas semiestructuradas dirigidas a jóvenes usuarios de la oferta programática pública y privada, se pueden realizar algunas inferencias que se ubican en las percepciones evaluativas sobre el funcionamiento interno de los programas.

i) *Disociación entre oferta programática y las expectativas de integración social.* La evaluación general de los jóvenes respecto del modo de funcionamiento interno de los programas es más bien positiva, sin embargo, específicamente en los programas de tipo productivo se observa una escasa conexión entre oferta y efectividad de los procesos de integración laboral, supuestos en sus orientaciones. Esta disonancia se constata además en las percepciones sobre el rol del Estado en el proyecto vital, el que en general se vincula con la estructura de oportunidades y los mecanismos de distribución de las mismas y la correspondiente evaluación negativa que los y las jóvenes realizan. Esto se traduce en una tendencia a percibir un déficit de capital en ese contexto. Al mismo tiempo y si bien las percepciones de aquellos jóvenes que participaron de programas de tipo cultural o social comunitarios en términos de impacto, tienden a ser más positivas en función de sus expectativas de integración, que en la mayoría de los casos refieren a ámbitos no vinculados a sus proyectos vitales futuros, en áreas más decisivas de la misma, también perciben un déficit de capital.

ii) *El principal impacto: la sociabilidad en sí misma.* Los contenidos, ideas y significados más explícitos y directamente vinculados a la participación tanto en programas productivos como culturales o social comunitarios, en términos de capital social, son aquellos que lo asocian con la dimensión expresiva del mismo. Es decir, desde la perspectiva subjetiva de los jóvenes, dichos programas, habrían generado un impacto especialmente en el ámbito de su sociabilidad sin un fin en particular. En vista de las percepciones juveniles, aquí hemos señalado al menos dos dimensiones o visiones del capital social, la expresiva y la instrumental-estratégica, a la vez que la utilidad que reportarían por separado e integradas en el contexto de la consecución de las metas personales. La interrogante evidente como guía de reflexión es, si la sociabilidad por sí misma o el acento en dichos procesos, puede ser considerada por sí sola como elemento esencial y más relevante en la toma de decisiones y el diseño de la oferta programática dirigida a jóvenes; y en este sentido, si es posible homologar esta perspectiva del capital social, con un tipo de recurso que puede colaborar decisivamente a la concreción del proyecto vital juvenil. Ello, particularmente en el ámbito de su integración social efectiva. Desde la óptica de los y las jóvenes parece obvio que la estrategia no va por ahí, pues si bien destacan y valoran las intervenciones como espacio de encuentro y de intercambio de experiencias, asumen que ello no resuelve el gran desafío de su integración, donde destacan particularmente lo laboral. Su demanda por tanto, va mucho más allá del funcionamiento interno de los programas y/o proyectos.

iii) *La vinculación versus la desvinculación entre las nociones de capital social y el concepto de capacidad emprendedora juvenil: repercusiones en las opciones de integración social efectiva.* La mayoría de los programas, no vincula la noción de capital social con el concepto de capacidad emprendedora juvenil, especialmente aquellos de tipo productivo, excepto los mejor evaluados como son el Programa servicio rural joven de INDAP y el Programa de microemprendimientos juveniles de la Vicaría de la Pastoral Social. En este sentido, parece ser que la carencia de un enfoque integrado de capital social en su dimensión expresiva e instrumental estaría asociado a tal situación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARLEGUI, MARIA ALEJANDRA et al. (1998): «El capital social y el mercado del trabajo». En *Materiales de Trabajo. Estudios Metodológicos, Serie 1*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- ATRIA, RAÚL (2000): «Desarrollo y equidad social en América Latina». *Estudios Sociales*, 105:3. Santiago: CPU.
- y MARCELO SILES (compiladores) (2003): *Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe*. Santiago: CEPAL y MSU.
- BOIS-REYMOND, MANUELA DU et al. (2002): «Transiciones modernizadas y políticas de desventaja: Países Bajos, Portugal, Irlanda y jóvenes inmigrantes en Alemania». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- BOURDIEU, PIERRE (1998): *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI.
- (1979): «Los tres estados del capital cultural». *Sociológica*, 2:5. México: UAM.
- BRUNNER, JOSÉ JOAQUÍN (1997): «Los cambios en la cultura y la civilización emergente». *Revista Universum* N°12. Talca: Universidad de Talca.
- CACHÓN, LORENZO (2002): «Las políticas de transición, entre las biografías individuales y los mercados de trabajo. Estrategia de los actores, lógicas y políticas de empleo juvenil en Europa». Ponencia presentada en la Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos «Jóvenes y políticas de transición en Europa». INJUVE, Madrid, 6 al 8 de junio.
- CASTILLO H. ALICIA (1999): «Estado del arte en la enseñanza el emprendimiento». Estudio realizado para INTEC-CHILE en el marco del proyecto «Emprendedores como creadores de riqueza y desarrollo regional».
- CENTRO DE ESTUDIOS REGIONALES (s/f): «Proyecto GEL Tintal». Bogotá: Publicaciones Universidad de Los Andes.
- CEPAL (2001): «Capital Social y Pobreza». Documento preparado en el contexto de la «Conferencia Regional sobre Capital Social y Pobreza». CEPAL y Universidad del Estado de Michigan. Santiago de Chile, 24 al 26 de septiembre.
- CONTRERAS, RODRIGO (2002): «Contribuciones para una sociología del poder y de la riqueza en Chile». *Persona y Sociedad* N°16:1. Santiago: ILADES.
- DÁVILA LEÓN, OSCAR (2002a): «Biografías y trayectorias juveniles». *Última Década* N°17. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- (2002b): «Políticas públicas de juventud en Iberoamérica». Exposición presentada en el Encuentro Internacional «10 años de políticas públicas de juventud: análisis y perspectivas». OIJ y CEULAJ, Málaga, España, 17 al 21 de junio.
- DE LAIRE, FERNANDO (2001): «¿Identidad juvenil ? La insoportable levedad del ser. (Aportes para renovar el marco teórico de los estudios sobre juventud)». *Persona y Sociedad*, 15:2. Santiago: ILADES.
- DE LA MAZA, GONZALO (2000): «Sociedad civil y construcción de capital social en América Latina: ¿hacia dónde va la investigación?». Ponencia presentada a la Cuarta Conferencia de la International Society for Third Sector Research (ISTR), Dublín, 5-8 de junio.
- DURSTON, JOHN y FRANCISCA MIRANDA (compiladores) (2001): «Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes». Volumen I. *Serie Políticas Sociales* N°55. Santiago: CEPAL.
- ESPINOZA, VICENTE (2001): «Indicadores y generación de datos para un estudio comparativo de capital social y trayectorias laborales». En JOHN DURSTON y FRANCISCA MIRANDA (compiladores): «Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes». Volumen I. *Serie Políticas Sociales* N°55. Santiago: CEPAL.
- et al. (2000): «Ciudadanía y juventud. Análisis de los perfiles de oferta y demanda de las políticas sociales ante la nueva realidad juvenil». Santiago: USACH.
- FOSIS (2002): «Nuevas realidades y paradigmas en la exclusión juvenil». Santiago: FOSIS.
- FRAZAO LINHARES, CÉLIA (1996): «La reinención de la juventud». *Nueva Sociedad* N°146. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- GIROUX, HENRY (1996): «Educación posmoderna y generación juvenil». *Nueva Sociedad* N°146. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- GOICOVIC, IGOR (2002): «Educación, deserción escolar e integración laboral juvenil». *Última Década* N°16. Viña del Mar: Ediciones CIDPA.
- INJUV (2002): *La eventualidad de la inclusión. Jóvenes chilenos a comienzos del nuevo siglo. Tercera encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.
- (1999): *Los jóvenes de los noventa. El rostro de los nuevos ciudadanos. Segunda encuesta nacional de juventud*. Santiago: INJUV.

- KLIKSBERG, BERNARDO y LUCIANO TOMASSINI (compiladores) (2000): *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- KNACK, S. y P. KEFFER (1997): «Does social capital have an economic pay-off? A cross country investigation». En *Quarterly Journals of Economics*, Vol. 112, N°4.
- LECHNER, NORBERT (2002): «El capital social como problema cultural». *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 64, N°2. México: UNAM.
- LOURY, GLENN (1977): «A Dynamic theory of racial income differences», en P. A. WALLACE y A. M. LA MOND (comps.), *Women, Minorities, and Employment Discrimination*. Lexington, Mass., Heath.
- (1981): «Intergenerational transfers and the distribution of earnings». *Econometrica* N°49.
- LÓPEZ BLASCO, ANDREU (2002): «De los itinerarios lineales a las trayectorias yo-yo». Ponencia presentada en la Conferencia Europea para Investigadores y Técnicos «Jóvenes y políticas de transición en Europa». INJUVE, Madrid, 6 al 8 de junio.
- MACHADO PAIS, JOSÉ (2002a): «Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (jóvenes portugueses)». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- (2002b): «Praxes, graffitis, hip-hop. Movimientos y estilos juveniles en Portugal». En CARLES FEIXA, CARMEN COSTA y JOAN PALLARÉS (editores): *Movimientos juveniles en la Península Ibérica: graffitis, grifotas, okupas*. Barcelona: Ariel.
- MARTÍN SERRANO, MANUEL (2002): «La prolongación de la etapa juvenil de la vida y sus efectos en la socialización». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- MIRANDA DO NASCIMENTO, HUMBERTO (2000): «Capital social e desenvolvimento sustentável no sertão baiano. A experiência de organização dos pequenos agricultores do Município de Valente». São Paulo: Universidade Estadual de Campinas.
- MORCH, MATILDE et al. (2002): «Sistemas educativos en sociedades segmentadas: 'trayectorias fallidas' en Dinamarca, Alemania Oriental y España». *Revista de Estudios de Juventud* N°56. Madrid: INJUVE.
- OTTONE, ERNESTO (1996): «De como estar sin dejar de ser. Notas acerca de competitividad, educación y cultura». *Nueva Sociedad* N°146. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- PARKER, CRISTIAN (2001): «Capital social y representaciones socioculturales juveniles. Un estudio en jóvenes secundarios chilenos». En JOHN DURSTON y FRANCISCA MIRANDA (compiladores): «Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones recientes». Volumen II. *Serie Políticas Sociales* N°55. Santiago: CEPAL.
- PÉREZ ISLAS, JOSÉ ANTONIO (2002): «Integrados, movilizados, excluidos. Políticas de juventud en América Latina». En CARLES FEIXA, FIDEL MOLINA y CARLES ALSINET (editores): *Movimientos juveniles en América Latina: pachucos, malandros, punketas*. Barcelona: Ariel.
- PNUD (2000): *Desarrollo humano en Chile 2000. Más sociedad para gobernar el futuro*. Santiago: PNUD.
- (1998): *Desarrollo humano en Chile 1998. Las paradojas de la modernización*. Santiago: PNUD.
- PORTES, ALEJANDRO (1999): «Capital social: sus orígenes y aplicaciones en la sociología aplicada». En JORGE CARPIO e IRENE NOVACOVSKY (compiladores): *De igual a igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales*. Buenos Aires: FCE, SIEMPRO, FLACSO.
- PUTNAM, ROBERT D. (editor) (2002): *Democracies in Flux. The Evolution of Social Capital in Contemporary Society*. New York: Oxford University Press.
- (1996): *Comunidade e Democracia. A experiência da Itália moderna*. Rio de Janeiro: Editora Fundação Getúlio Vargas.
- (1993): *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- RACZYNSKI, DAGMA (2001) «Equidad, inversión social y pobreza. Innovar en cómo se concibe, diseña y gestiona las políticas y los programas sociales». Documento basado en estudio publicado en D. RACZYNSKI y C. SERRANO (editoras): *Descentralización. Nudos críticos*. Santiago: CIEPLAN y Asesorías para el Desarrollo.
- RIST, GILBERT (2000): «La cultura y el capital social: ¿cómplices o víctimas del 'desarrollo'?». En BERNARDO KLIKSBERG y LUCIANO TOMASSINI (compiladores): *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. Buenos Aires: FCE.
- RODRÍGUEZ, ERNESTO (2002a): «Juventud, desarrollo social y políticas públicas en América Latina y El Caribe. Oportunidades y desafíos». En CARLOS SOJO (editor): *Desarrollo social en América Latina: temas y desafíos para las políticas públicas*. San José: FLACSO y Banco Mundial.
- (2002b): *Actores estratégicos para el desarrollo. Políticas de juventud para el siglo XXI*. México: Instituto Mexicano de la Juventud.
- RUA, MARIA DAS GRAÇAS (1998): «As políticas públicas e a juventude dos anos 90». En CNPD: *Jovens acontecendo na trilha das políticas públicas*, Vol. 2. Brasília: Comissão Nacional de População e Desenvolvimento.
- SALAZAR, GABRIEL (1998): «De la participación ciudadana: capital social constante y capital social variable (Explorando senderos trans-liberales)». *Proposiciones* N°28. Santiago: Ediciones SUR.
- SANTISO, JAVIER (1999): «Desarrollo y capital social a la luz del pensamiento de Albert Hirschman: sobre el arte de los traspasos y las autosubversiones». Documento de trabajo preparado para el Foro «Desarrollo y Cultura», Sesión Anual de la Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo, París, 11-12 de marzo.
- SELAMÉ, TERESITA et al. (1999): «Informe final de estudio emprendimiento juvenil». Santiago: INJUV.
- SERRANO, CLAUDIA (2002): «Pobreza, capital social y ciudadanía». Documento parte del proyecto sobre Integración social, pobreza y ciudadanía realizado por Asesorías para el Desarrollo.
- SUDARSKY, JOHN (1998): «El capital social en Colombia. La medición nacional con el BARCAS». Bogotá: UNIANDES.

- VARGAS FORERO, GONZALO (2001): «Hacia una teoría del capital social». Este artículo se basa en la tesis titulada «El concepto de capital social y su incorporación al pensamiento económico», elaborada por el autor como requisito para obtener el título de Magister en Economía de la Universidad Nacional de Colombia.
- WEST VIRGINIA, STATE DEPT. OF EDUCATION (1916): *Evening classes for West Virginia elementary schools*. Charleston.
- WOOLCOCK, MICHAEL (1998): «Social capital and economic development: toward a theoretical synthesis and policy framework». *Theory and Society* 27 (2): 1998.
- (1999): «Managing Risk, Shocks, and Opportunity in Developing Economies: The Role of capital Social». Washington: World Bank.
- YAÑEZ, ERNESTO (1999): «Capital social, pobreza y políticas públicas». Toronto: Universidad de Toronto.
- ZUMBADO, CARLA (1998): «Desarrollo y capital social: redescubriendo las riquezas de las naciones». Barcelona: Instituto Internacional de Gobernabilidad de Cataluña.